



AÑO XXVI.

# PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 18

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.  
Se publica un número todos los Domingos.

### PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

### OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

### DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

### PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bailly-Baillière, plaza del Príncipe Alfonso.

HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.

MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.

PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

**Sumario.**—Tres vestidos de primavera. — El arte de la costura: seccion del bordado en blanco, con 65 dibujos, y sus explicaciones.—Canesú de tul.—Cofia Miñón.—Cinturon castellano.—Tres tocados.—Dos ramas hechas de cuentas para guarnecer peinados, sombreros, etc.—Hoja de patron ilustrado.—Seraphia, por don José Muñoz y Gaviria, vizconde de san Javier. — Los vecinos de Darlingen, novela de Enrique Conscience, traducida por la señora doña Faustina Saez de Melgar.—Figurin iluminado.

### Tres vestidos de Primavera.

1.º *La Parisiense.*—Trage de tafetan negro; su guarnicion se compone de presillas de terciopelo negro, terminadas cada una en una borla, y bordadas de cuentas de topacio.

N.º 2. *La Marquesa.*—Trage de tafetan gris, guarnecido por detrás con tres volantes pequeños graduados; los botones colocados á ámbos



Acompaña á este número el patron ilustrado n.º 4 del presente año.

MAYO DE 1867.

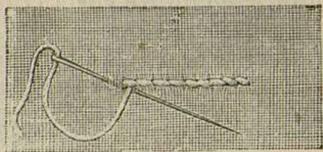
lados figuran la túnica de delante, formada por rulós de terciopelo gris y un fleco gris.

N.º 3. *Francisca*.—Trage de tafetan violeta, con tiras y presillas de terciopelo negro, bordadas de cuertas y estrellas de nácar; borlas de seda negra; sobre el corpiño, arabescos de trencilla negra mezclada con cuentas. La guarnicion no está interrumpida por detrás, y se repite en el otro lado; por consiguiente, la tira de terciopelo negro, paralela al borde del trage, se continúa hasta la tira que su be hacía el talle.

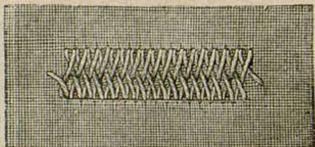
EL ARTE DE LA COSTURA.

VIII.

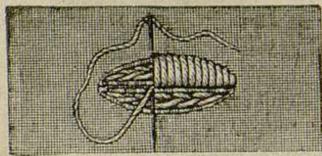
SECCION DEL BORDADO EN BLANCO.



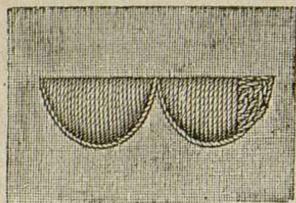
N. 4.



N. 7.

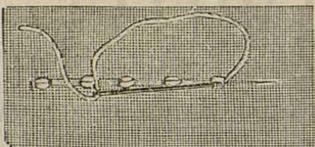


N. 12.

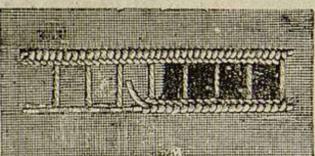


N. 18.

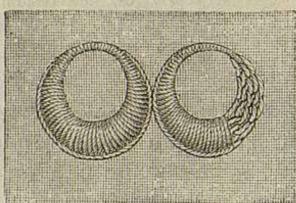
Los adornos de bordados ocupan un lugar considerable en el arte de la costura; los dobladillos calados, los puntos de escala en línea recta ó diagonal, los festones, las iniciales bordadas, todo esto es el complemento de



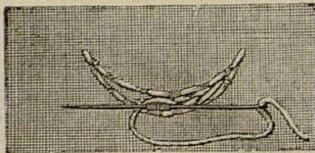
N. 8.



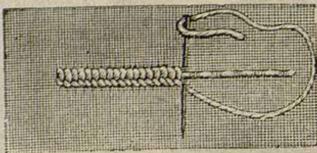
N. 15.



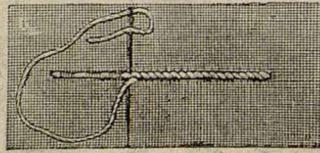
N. 21.



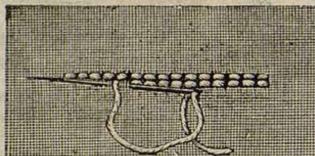
N.º 1.



N. 2.



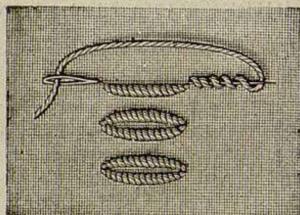
N. 3.



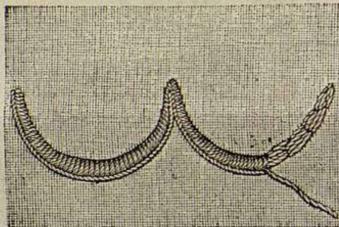
N. 5.



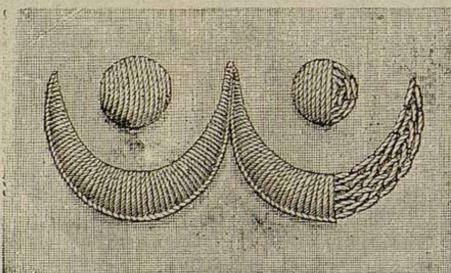
N. 11.



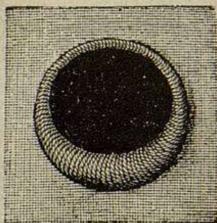
N. 14.



N. 17.



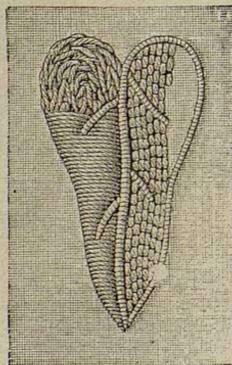
N. 20.



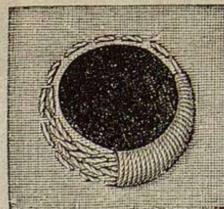
N. 23.



N. 26.



N. 25.



N. 24.



N. 27.



N. 29.



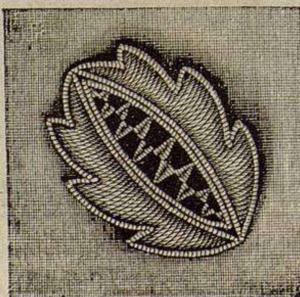
N. 28.



N. 30.



N. 32.



N. 33.



N. 31.

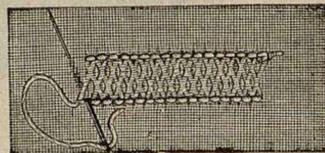
cen nunca nudos, como ni tampoco al trazar y bordar, y la aguja debe tener, á lo mas, cuarenta á cuarenta y cinco centímetros de largo. El dibujo n.º 1 indica estas dos primeras operaciones, esto es, trazar y emborrrar.

N.º 2.—*Feston en línea recta*.—Despues de trazado el feston se pasa la hebra por la línea trazada, y se principia el feston de izquierda á derecha; se sujeta con el pulgar de la mano izquierda, por debajo de la línea trazada, la hebra con la que se borda el feston; se pica la aguja encima de la línea trazada, se la conduce de modo que salga por debajo de esta línea, por cima de la hebra sujeta por el pulgar, y se saca esta hebra con igualdad, conservándola todo lo posible hacia la izquierda.

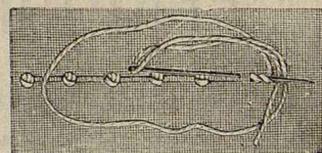
Todos los puntos subsiguientes se hacen del mismo modo; deben estar muy juntos sin que

monten unos sobre otros y sin dejar que se vea el trazado.

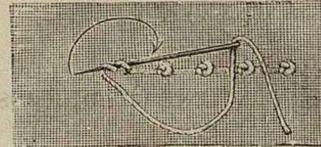
N.º 3.—*Punto de cordoncillo en línea recta*.—Mientras que el feston va de izquierda á derecha, el punto de cordoncillo se efectua de derecha á izquierda. Lo



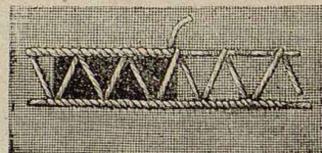
N. 6.



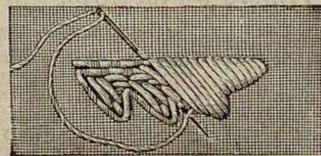
N. 9.



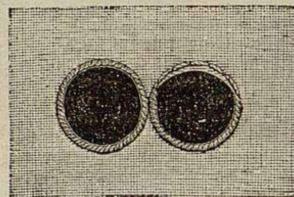
N. 10.



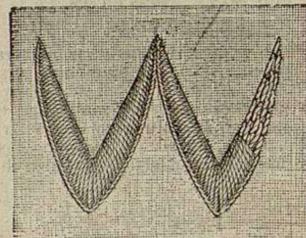
N. 13.



N. 16.



N. 22.



N. 19.

la costura; pero la mas escrupulosa limpieza, la mas minuciosa igualdad son indispensables en el bordado. Vamos á demostrar, por medio del dibujo y las explicaciones, los procedimientos mas sencillos y mas prácticos para ejecutar los diversos bordados en blanco.

El mejor y mas comun de todos los métodos consiste en hilvanar sobre un pedazo de hule el género que se quiere bordar. Es muy esencial el que se ponga el tegido al hilo; el sitio que se borda se sostiene con el índice de la mano izquierda, los otros tres dedos sujetan la labor; el pulgar queda libre para dar á cada punto su verdadero lugar, y para igualar el bordado á medida que se ejecuta. La uña del pulgar se coloca siempre por debajo y próxima al contorno, á fin de que la aguja, al picar en el tejido que se borda, no exceda

mismo sucede en el punto de armas, el punto de nudillos y el pasado. Los puntos se hacen como en el feston, pero la aguja se pica perpendicularmente y para abajo.

N.º 4.—*Punto de cordoncillo al sesgo*.—Se le hace sin trazado y siempre en la misma direccion, de abajo arriba. — Despues de fijada la hebra de algodón, se pica la aguja á una distancia de cinco hilos del tegido, se la saca entre el primer hilo del tegido y el último punto; se continúa siempre lo mismo, y el punto de cordoncillo forma por el revés, cuando está bien hecho, una especie de pespunte igual. El punto de cordoncillo se llama tambien punto de tallo, porque sirve principalmente para ejecutar los tallos en un dibujo que represente flores y hojas.

N.º 5.—*Punto de armas*.—No es

de este limite.—La primera operacion consiste en trazar los contornos con puntos lo mas cercanos que puedan exigir las curvas del dibujo, las cuales deben representarse con exactitud. Esto es importante. Véase el dibujo número 1.

Viene en seguida la labor que se llama emborrrar, en términos de bordado. Para emborrrar se emplea, en general, algodón mas grueso que el que se emplea para el bordado. Al emborrrar no se ha-

otro que el punto atrás todo lo mas aproximado posible; sirve para rellenar ciertas partes de hojas y de flores.

N.º 6 y 7.—*Punto cruzado*.—Se le emplea con especialidad para los dibujos transparentes, porque forma por el revés un entrelazamiento que sirve como de forro á este dibujo y le da una tinta mate. Para ejecutar este punto se pica la aguja como para hacer un punto atrás, pero dirigiéndola al sesgo y sacándola por la línea opuesta

(superior) del dibujo. Aquí se hace un punto *atrás*, y se dirige la aguja siempre al sesgo, pero para sacarla ahora por la línea inferior (véanse los dibujos 6 y 7).

N.º 8, 9 y 10.—*Punto de nudillos*, que sirve como el de armas, para rellenar una parte de las hojas ó flores del dibujo de bordado. El n.º 8 representa el nudo sencillo, y se compone de dos puntos *atrás* colocados uno encima de otro. Para el dibujo n.º 9, se toman sobre la aguja cuatro hilos poco más ó menos del tegido sobre la que se trabaja; se introduce la aguja hasta la tercera parte de su longitud, se arrolla dos veces sobre la punta la hebra ensartada en la aguja, se sujeta la parte enrollada con el pulgar mientras que se sacan la aguja y la hebra; en seguida se vuelve á traer la aguja al mismo sitio en que principiaba el punto, se pica en este sitio, y se la

hace salir por donde ha de hacerse el punto siguiente.

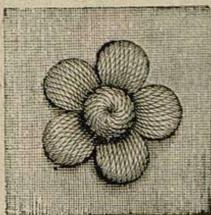
Para los nudos representados por el dibujo n.º 10, se procede poco más ó menos como para el n.º 9; se tiene con el pulgar de la mano izquierda la hebra á poca distancia de su punto de partida, se enrolla la hebra al rededor de la aguja, se dirige esta en el sentido indicado por la punta de la flecha, de izquierda á derecha, de modo que la punta

de la aguja se traiga á su punto de partida (marcado en el dibujo por una cruz), luego se saca por el sitio en que debe hacerse el nudo siguiente.

N.º 11 y 12.—*Pasado en línea recta*.—Después de trazados los contornos siguiendo las indicaciones del dibujo número 11, se emborra haciendo un punto de cadeneta en sentido inverso del que ha de llevar el bordado; se principia por el lado más puntiagudo, y se hacen puntos cortos perpendiculares yendo de izquierda á derecha. Cuando se borda una hoja *partida* (dibujo n.º 12), se debe trazar la vena antes de emborrar una de las mitades de la hoja; se principia siempre por la punta y se hace primero una mitad y luego la otra.

N.º 13.—*Pasado en diagonales*.—Se le ejecuta como el anterior, con la sola diferencia de que la aguja se dirige al sesgo.

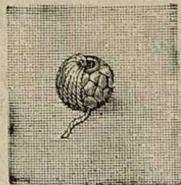
N.º 14.—*Punto de minuta*.—Conviene para los dibujos que han de tener relieve,



N.º 36.

N.º 34.

N.º 37.

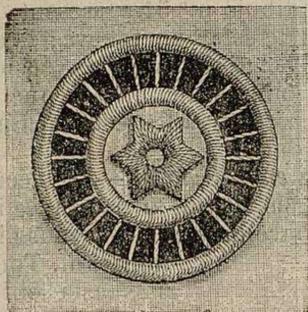


N.º 38.

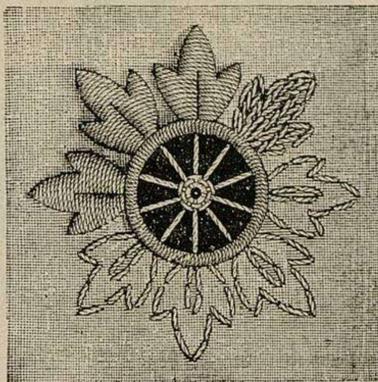
N.º 35.



N.º 40.



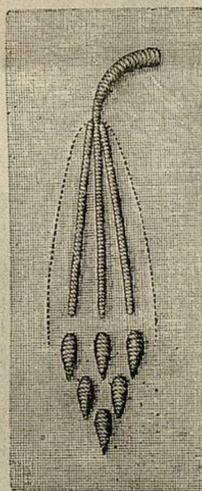
N.º 41.



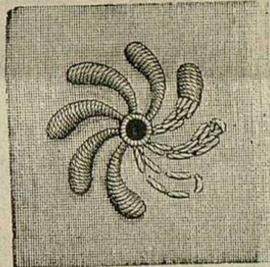
N.º 39.



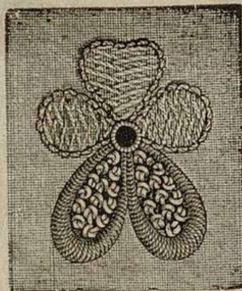
N.º 42.



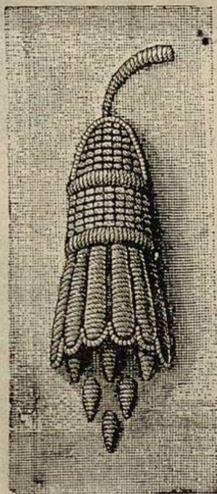
N.º 50.



N.º 46.



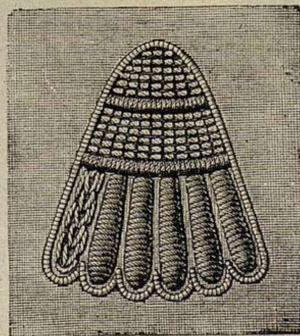
N.º 45.



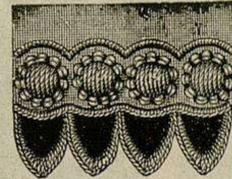
N.º 49.



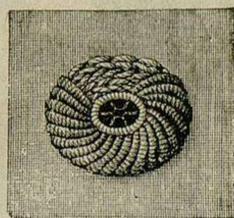
N.º 47.



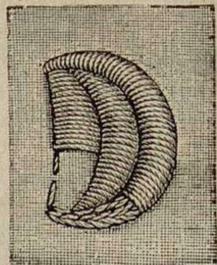
N.º 51.



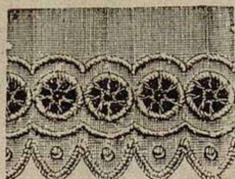
N.º 54.



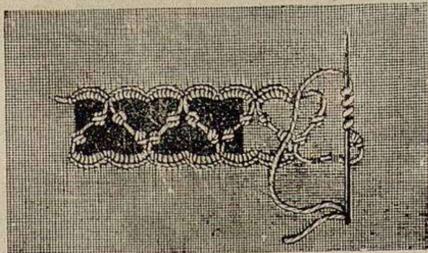
N.º 48.



N.º 44.



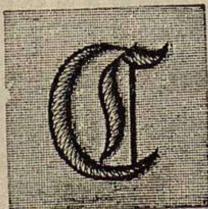
N.º 53.



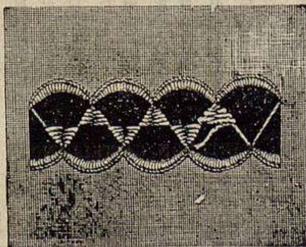
N.º 55.



N.º 58.



N.º 59.



N.º 56.



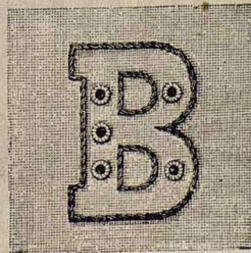
N.º 60.



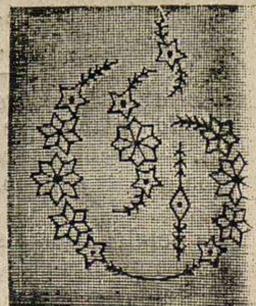
N.º 61.



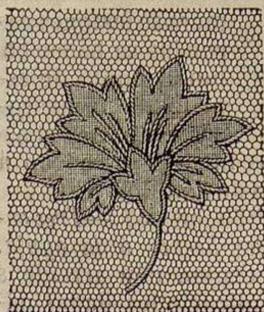
N.º 65.



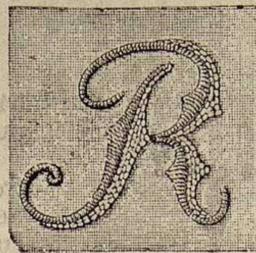
N.º 63.



N.º 64.



N.º 52.



N.º 62.

ja, que debe fijarse á la mitad de su largo fuera de la tela; la hebra se enrolla muchas veces según el tamaño del punto, y se sujeta con el pulgar de la mano izquierda la hebra así enrollada; se saca la aguja al través, sujetando con el pulgar contra la tela la hebra enrollada; se pica de nuevo la aguja por donde entró antes, y se la saca por el sitio en que ha de hacerse el punto siguiente.

N.º 15 y 16.—*Punto de escala en línea recta y al sesgo*.—Se trazan primero los contornos, luego se extiende la hebra entre estas dos líneas, sea perpendicularmente (dibujo n.º 15), sea al sesgo (dibujo n.º 16), de modo que estos puntos queden fijados en el trazado de las dos líneas; estas se festonean ó bien se cubren á punto de cordoncillo, y en fin, se corta la tela entre estas dos líneas.

Las explicaciones que se acaban de dar comprenden los diversos puntos usados en el bordado; solo quedan que explicar las variedades de estos puntos.

N.º 17, 18, 19 y 20.—*Festones*.—Hay que marcar bien las curvas, las puntas y los huecos.

N.º 21 y 22.—*Ojetes*.—Se traza el contorno redondo ú oblongo, se quita en el centro una parte pequeña de tela, ó si el ojete es pequeño, se corta solamente la tela en cruz, y doblando la tela hácia abajo con la aguja, se rodea este vacío á punto de cordoncillo ó de feston; se pica siempre la aguja en el vacío para hacerla salir junto al contorno. La tela doblada hácia abajo se encuentra cogida en el bordado. Cuando se hace una fila de ojetes, se ejecuta la mitad de uno de ellos, la mitad opuesta del siguiente, y luego se vuelve en sentido contrario cuando se ha llegado al extremo de la fila.

N.º 23 y 24.—*Ojetes sombreados*.—Se hacen como los anteriores, pero emborrándolos como indica el dibujo n.º 24, á fin de que uno de los lados sea más grueso que el otro.

N.º 25 y 26.—*Das hojas al pasado*.—Para el dibujo n.º 25, se trazan los contornos, se los borda á punto de cordoncillo así como la vena, se borda una de las mitades al pasado, la otra á punto de armas; el tallo se ha-

ce después.

N.º 27 y 28.—*Dos hojas al pasado en línea recta y al pasado al sesgo*.—Para ejecutar los dibujos del mismo género que el n.º 28, se principia por la vena, se borda primero el interior, luego los contornos exteriores, y en fin los lunares.

N.º 29.—*Hoja*.—

ce después.

N.º 27 y 28.—*Dos hojas al pasado en línea recta y al pasado al sesgo*.—Para ejecutar los dibujos del mismo género que el n.º 28, se principia por la vena, se borda primero el interior, luego los contornos exteriores, y en fin los lunares.

N.º 29.—*Hoja*.—

ce después.

N.º 27 y 28.—*Dos hojas al pasado en línea recta y al pasado al sesgo*.—Para ejecutar los dibujos del mismo género que el n.º 28, se principia por la vena, se borda primero el interior, luego los contornos exteriores, y en fin los lunares.

N.º 29.—*Hoja*.—

ce después.

N.º 27 y 28.—*Dos hojas al pasado en línea recta y al pasado al sesgo*.—Para ejecutar los dibujos del mismo género que el n.º 28, se principia por la vena, se borda primero el interior, luego los contornos exteriores, y en fin los lunares.

N.º 29.—*Hoja*.—

ce después.

N.º 27 y 28.—*Dos hojas al pasado en línea recta y al pasado al sesgo*.—Para ejecutar los dibujos del mismo género que el n.º 28, se principia por la vena, se borda primero el interior, luego los contornos exteriores, y en fin los lunares.

N.º 29.—*Hoja*.—

Los contornos se bordan á punto de cordoncillo, la vena se compone de ojetes pequeños; una de las mitades se hace á punto de armas, la otra á una variedad del pasado, en la que, como indica el dibujo, los puntos están dispuestos por filas irregulares en la apariencia. Para este pasado no se emborra; se hacen los puntos separándolos por un intervalo que debe llenarse con los puntos que pertenecen á la fila siguiente.

N.º 30, 31 y 32.—*Bordado de relieve*.—Se le ejecuta por separado, luego, rodeando la hoja á punto de cordoncillo ejecutado con hilo muy fino, se la cose en el sitio que ha de ocupar (véanse, además del n.º 30, los dibujos n.º 33 y 50). Se borda una de las mitades al pasado y punto de cordoncillo sobre la tela misma; la otra mitad se hace por separado, como se acaba de decir (véase el dibujo n.º 32); se la recorta junto al contorno hecho á punto de cordoncillo, y se la cose sobre este contorno en el sitio que ha de ocupar.

N.º 33.—*Hoja del mismo género que la anterior*, de la que cada mitad se hace por separado, con arreglo al dibujo n.º 34, luego fijada sobre el tejido por ámbos lados de los calados de encage. Estos se hacen en la tela misma copiando la disposición del dibujo n.º 35; por consiguiente, hay que trazar los contornos de una escala, luego esta escala misma al sesgo; se orlan los contornos á punto de cordoncillo, se corta y quita la tela por debajo de la escala; se hacen con hilo muy fino puntos de zurcido en el sitio en que se encuentran 2 hilos de la escala. El dibujo n.º 37 representa la ejecución de estos calados de encage.

N.º 36.—*Floral pasado*.—Se ejecuta primero el ojete del centro, luego cada pétalo desde la punta, y



TOCADO REDECILLA.

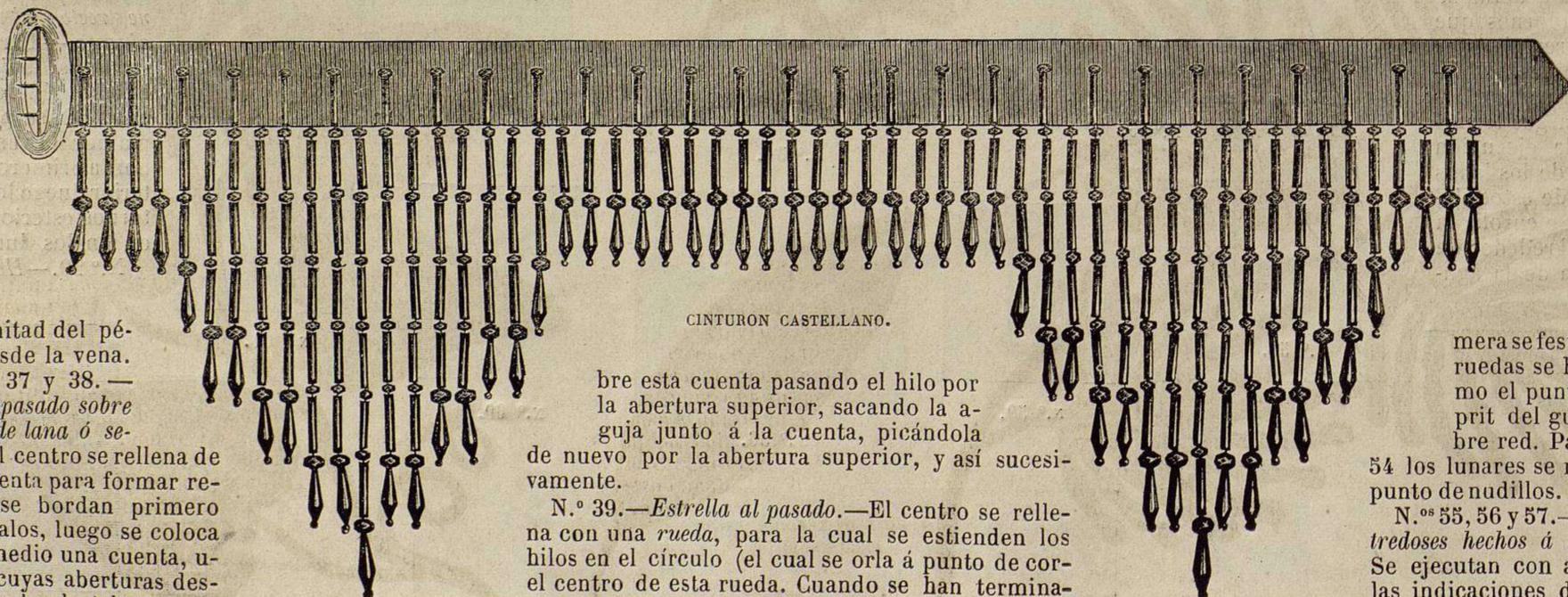


COLLAR DE CUENTAS.

(La misma figura que la del peinado redecilla.)



CORPIÑO DE TUL.



CINTURON CASTELLANO.

cada mitad del pétalo desde la vena.

N.º 37 y 38.—*Floral pasado sobre tejido de lana ó seda*.—El centro se rellena de una cuenta para formar relieve; se bordan primero los pétalos, luego se coloca en el medio una cuenta, una de cuyas aberturas descansa sobre la tela; se cu-

bre esta cuenta pasando el hilo por la abertura superior, sacando la aguja junto á la cuenta, picándola de nuevo por la abertura superior, y así sucesivamente.

N.º 39.—*Estrella al pasado*.—El centro se rellena con una rueda, para la cual se estienden los hilos en el círculo (el cual se orla á punto de cordoncillo en el centro de esta rueda. Cuando se han terminado el centro de esta rueda. Cuando se han termina-

do todos los pétalos y está hecha la rueda, se corta y se quita la tela para formar el vacío de la rueda.

N.º 40 y 41.—*Ruedas á punto de zurcido, punto de armas, escala y pasado*.—La estrellita del centro del n.º 40, se hace á punto de zurcido.

N.º 42.—Las venas se hacen á punto ruso con seda negra, despues de terminados los pétalos.

N.º 43 y 44.—*Rosa al pasado*.—El dibujo 44 representa una de las hojas (mayor que el natural) en ejecución; la primera curva sola se emborra para formar el relieve; el centro se adorna con puntos de encage.

N.º 45.—*Pensamiento hecho á punto de nudillos y á punto cruzado* (véanse los dibujos y explicaciones 6 á 10).

N.º 46.—*Flor al pasado*.

N.º 47.—*Espiga á punto de minuta*.

N.º 48.—*Flor á punto de minuta muy emborrada*.

N.º 49, 50 y 51.—*Campanilla de relieve* (véanse los dibujos y explicaciones n.º 30 y 33). Se hace en parte por separado. El dibujo n.º 51 representa estendida la parte que ha de estar en relieve; cuando se borda se la corta, luego se la aplica cosiéndola sobre la línea de puntos del n.º 50, que representa el interior de la campanilla; esta terminada presenta el aspecto del n.º 49.

N.º 52.—*Flor bordada en aplicacion*.—Se ejecuta esta labor con dos tegidos iguales ó no, muselina sobre muselina, ó tul sobre muselina,

ó tul sobre muselina. Tomemos esta última combinación; se pone la muselina sobre el tul, se trazan á puntos muy pequeños los contornos del dibujo, sin *estirar* ni *fruncir* los dos tegidos; — se le bordan los contornos y las venas á punto de cordoncillo,—se recorta la tela del fondo.

N.º 53 y 54.—*Dos orlas*. La pri-

mera se festonea: las ruedas se hacen como el punto de esprit del guipur sobre red. Para el n.º 54 los lunares se rodean á punto de nudillos.

N.º 55, 56 y 57.—*Tres entredoses hechos á la aguja*. Se ejecutan con arreglo á las indicaciones dadas para los puntos de escala. Pa-

ra el dibujo n.º 55 se hacen dos nudos á distancias iguales en cada hilo que se estiende, este hilo se enrolla al rededor de la punta de la aguja (como para el punto de minuta) y se le sujeta con el pulgar de la mano izquierda; el feston se hace solamente cuando el interior se ha rellenado con los hilos y los nudos. El n.º 56 es una variedad de el punto de escala al sesgo; se le ejecuta por el n.º 33. El n.º 57 se compone de dos órdenes de hilos cruzados; los contornos se festonean; se hacen por último las pequeñas ruedas por el dibujo n.º 39.

N.ºs 58 á 64. — Letras bordadas. — Digamos algo de las marcas. Trá-



CÓPIA MIÑON.

cha al pasado.

N.º 61. — *Letra O* (estilo inglés), á punto de armas, atravesado por cruces hechas con seda ó algodón de color vivo.

N.º 62. — *Letra R* al pasado y punto de armas.

N.º 63. — *Letra B*. Punto de cordoncillo y ojetes.

N.º 64. — *Letra G* á punto ruso; con seda negra.

N.º 65. — Cifras ejecutadas al pasado y punto de cordoncillo; los puntos son á punto de nudillo.

**Canesú de tul.**

Este y todos sus derivados se llevan sobre el corpiño escotado de un traje de



TOCADO CON COLLAR.

color claro, es de tul de Malinas, guarnecido con cinta de terciopelo azul bordada de cuentas negras, y encages blancos de seda de 5 y 2 cents. de ancho; el que se emplea para las rosetas y los hombros tiene solo un cent. de ancho. Un cinturón, preparado con cinta de terciopelo, sujeta por abajo el canesú, que es cerrado, y se pasa por encima de la cabeza.

**Cófia Miñon.**

Se compone de un cuadro de 10 centímetros de lado, hecho de entredoses bordados reunidos y que se rodea de rizados de cinta de tafetan rosa y de un guipur. Publicamos

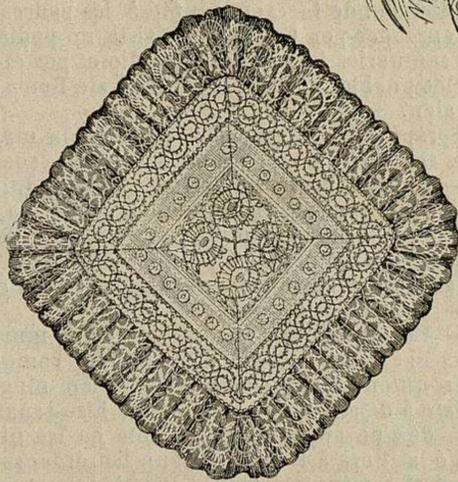
cense con cuidado los contornos. Los rasgos muy finos no se emborran, sino se bordan solo á punto de cordoncillo. En estos rasgos, la direccion de los puntos debe ser de izquierda á derecha, un poco al sesgo, y el bordado en general ha de representar una letra de relieve.

El n.º 58 es la letra U (estilo latino). Cuando está bordada, se la atraviesa de trecho en trecho con seda negra fina que forma puntitos. Para los rasgos mas gruesos de la letra, se procede con la seda como si se hiciese un zurcido.

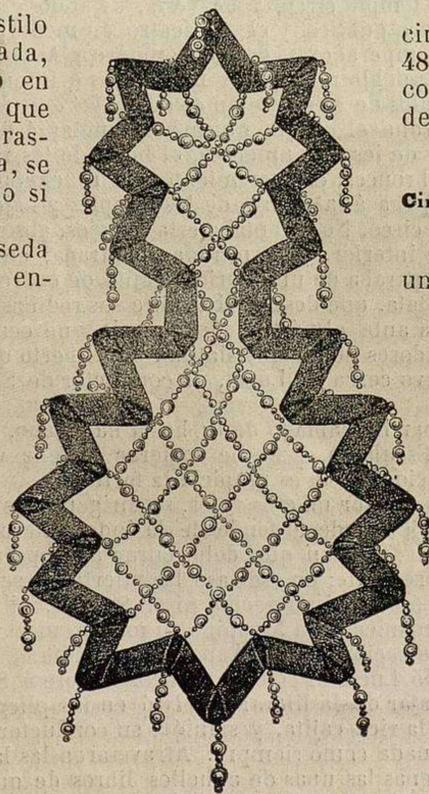
Para ropa de mesa la seda se reemplaza con algodón encarnado ó azul.

N.º 59. — *Letra C* (estilo gótico). Los rasgos se rodean á punto de cordoncillo con seda ó algodón de color vivo.

N.º 60. — *Letra B* he-



FONDO DE LA CÓPIA MIÑON.



FONDO DEL TOCADO REDECIILA.

un dibujo que representa este cuadro estendido. El rizado se hace con una cinta de 3 cents. de ancho, y va cubierto con un guipur igual, ligeramente fruncido. Encima del rizado, al lado izquierdo, se pone una escarpela de cinta con dos cabos largos. Por bridas, se fijan en las puntas del cuadro que caen encima de las orejas, dos rizados de cinta, plegados por el medio, cada uno de 48 cents. de largo; en el medio de estos se cose un guipur estrecho; una de las puntas del cuadro se pone encima de la frente.

**Cinturon castellano.**

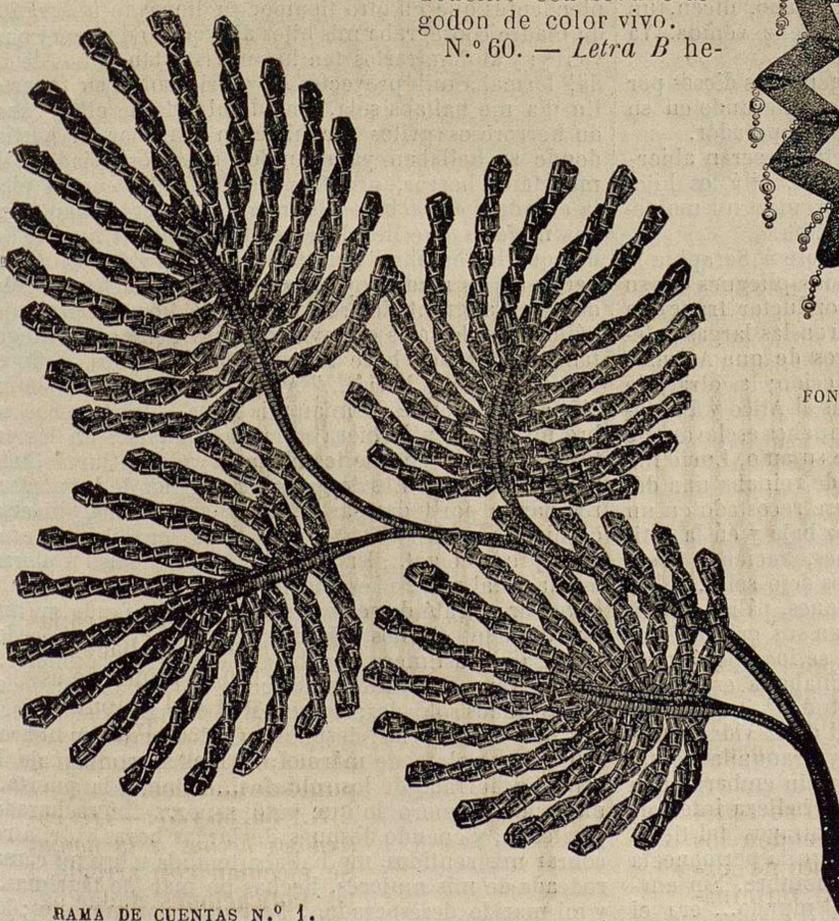
Se compone de una cinta de reps de 5 cents. de ancho, que se cierra por delante con una hebilla de azabache; los cañutillos fijados sobre la cinta tienen 3 centímetros de largo cada uno;—



TOCADO DE HOJAS DE TERCIOPELO NEGRO.



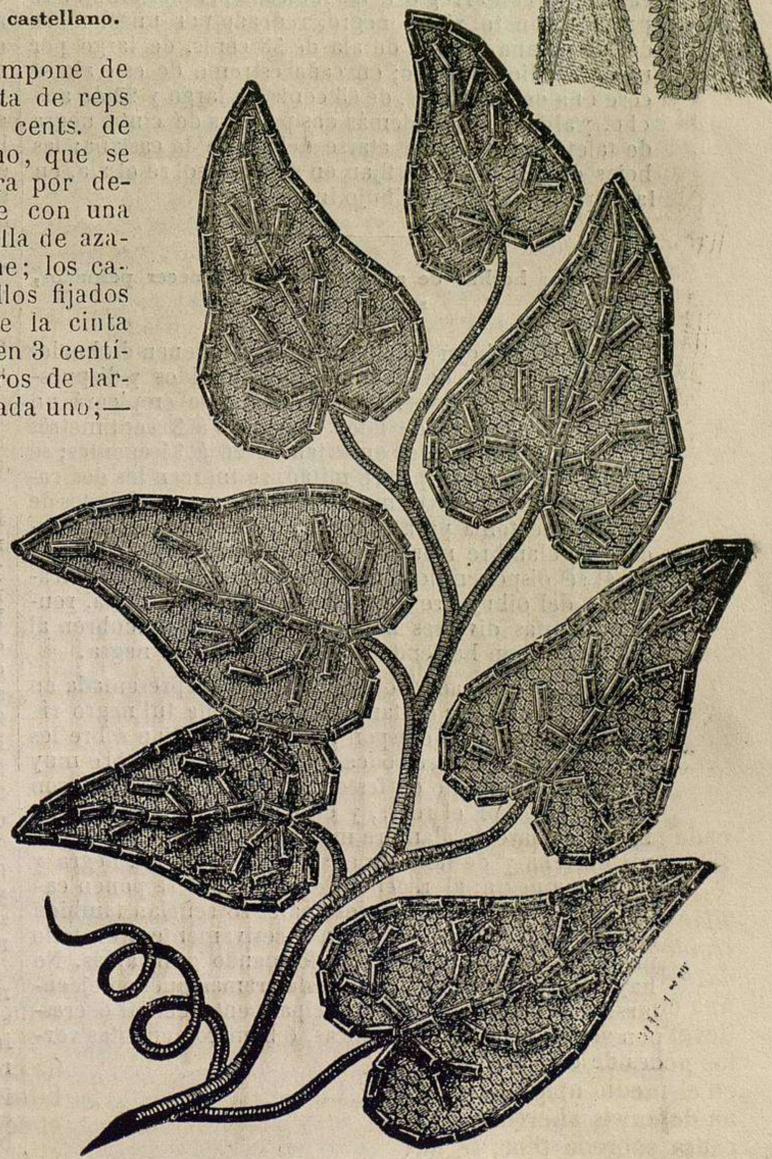
TOCADO DE CINTA DE TERCIOPELO NEGRO.



RAMA DE CUENTAS N.º 1.



HOJA DE TERCIOPELO NEGRO EN TAMAÑO NATURAL.



RAMA DE CUENTAS N.º 2.

los festones se hacen con cañutillos, cuentas talladas grandes y pequeñas, y pendientes en forma de peras. En el medio del cinturón por delante y por detrás, el largo principal del festón (que se acorta por ambos lados) es de 24 cents.; el extremo de él lo tiene más que 8 cents. de largo. Con este cinturón se lleva por lo común un collar adecuado.

#### Tocados.

**Tocado con collar.**— Se compone de una cinta de terciopelo azul, de 4 centímetros de ancho, doblada por su mitad y cosida por delante de modo que forme una punta encima de la frente. Al lado izquierdo se cose una rama de rosas; pendientes blancos adornan el tocado y el collar de cuentas que va unido á él.

**Tocado-redecilla.**— El fondo es un enrejado de cuentas blancas, rodeado con una cinta de terciopelo negro formando puntas, y guarnecido de cascabelillos adecuados al enrejado; rama de rosas al lado izquierdo. Un dibujo especial reproduce el fondo de la redecilla en tamaño reducido: la parte más estrecha es la que cae encima de la frente. Para hacer este tocado, se corta el fondo en cartón delgado, se dispone sobre sus contornos la cinta de terciopelo, luego se coloca en su interior el enrejado, cosiéndolo á las puntas formadas por la cinta de terciopelo.

El collar se hace de cuentas redondas negras de azabache y en cada intervalo de 11 cents. se coloca una cuenta ovalada. De este collar pende una crucecita de azabache. Publicamos un dibujo destinado á facilitar su ejecución. Se toma un pedazo largo de seda negra gruesa, se le ensarta por ambos extremos en una aguja, se ensartan 4 cuentas, se cruzan los dos cabos de seda por la última cuenta;— se ensartan 2 cuentas en uno de los cabos,— una en el otro, y se pasa á través de las 2 cuentas antes ensartadas.— Se vuelve á empezar siempre desde\*, hasta que la cadena tenga el suficiente largo; se cuelga la cruz, y se reúnen los dos cabos del collar, á menos que no se le quiera cerrar con broche.

**Tocado de cinta de terciopelo negro, con filetes blancos.**— No es más que una trenza hecha con cinta de 3 cents. y medio de ancho, terminada por ambos extremos en cabos de cinta de 80 cents. de largo. Estos dos cabos se atan por debajo de la castaña. Al lado izquierdo se encuentra un copete de igual cinta que la anterior, pero solo de 1 cent. de ancho. El copete tiene 7 cents. de diámetro; los buclecillos que lo componen tienen 3 cents. y medio de largo cada uno.

**Tocado de hojas de terciopelo negro, con barbas de tul.**— Se compone de hojas de terciopelo negro, bordadas con cañutillos; se cortan las hojas con arreglo al dibujo que reproduce una de ellas en tamaño natural; el terciopelo destinado á formar estas hojas se ha pegado antes sobre gasa rígida negra, por medio de una disolución de goma arábiga. Por detrás de cada hoja recortada se pone un alambre asegurado con algunos puntos; se colocan los cañutillos con arreglo á las indicaciones del dibujo: se prepara con tul rígido negro, rodeado por un alambre de latón, una especie de ala de 38 cents. de largo por uno y medio de ancho; en cada extremo de este ala se cose una de las barbas, de 65 cents. de largo y 22 de ancho, y allí se ponen además dos pedazos de cinta negra de tafetán, que deben atarse debajo de la castaña; las hojas de terciopelo se fijan en seguida sobre el ala, en la disposición que el dibujo indica.

#### Dos ramas hechas de cuentas para guarnecer peinados, sombreros, etc.

N.º 1.—Las hojas de esta rama se componen de buclecillos de cuentas de desigual largo, torcidos y dispuestos en forma de rayos. Para cada uno se empleará un pedazo de alambre de latón fino de 6 á 8 centímetros de largo, en el cual se ensartan de 26 á 34 cuentas; se dobla este alambre por su mitad, se tuercen los dos cabos, así como los extremos del alambre no cubiertos de cuentas; se toma para hacer las veces de tallo, un pedazo de alambre más grueso, suficientemente largo, y en él se disponen los buclecillos siguiendo las indicaciones del dibujo; se forma en seguida una rama, reuniendo estas diversas hojas, cuyos tallos se cubren al crochet, ó bien haciendo un festón con seda negra.

N.º 2.—Para cada hoja de la rama (representada en tamaño natural) se cortan dos pedazos de tul negro rígido, y otros dos de crespon negro que se fijan sobre los dos pedazos de tul; se rodea todo ello con alambre muy fino, cosido á punto de festón muy separado, hecho con seda negra. Por el revés, y en el medio de la hoja, se fija un pedazo de alambre más grueso, destinado á servir de vena y de tallo, que se rodea con seda negra y lana fina negra; al rededor de cada hoja se ponen cañutillos de azabache, con los cuales se señalan también las venas; las hojas se reúnen sucesivamente á un tallo principal, ó bien se disponen formando guirnalda. No hay necesidad de añadir que estas ramas pueden ejecutarse de cualquier color, principalmente de tul ó crespon verde, con cuentas blancas, ó bien con cuentas verdes de cristal.

## SERAPHIA.

—Hémos en Roma!

El hombre que acaba de pronunciar estas palabras se aproximó á una litera, que parecía escoltar, y entreabrió las cortinas. Asomóse una mujer, y con una mirada pensativa, interrogó el paisaje chispeante bajo los rayos del sol de mediodía. Era un espectáculo deslumbrador: hallábase entonces Roma en todo el esplendor de aquella belleza que había hecho decir á Augusto:

"He encontrado á Roma de ladrillo y la dejo de mármol."

Ni Neron, el incendiario, ni los bárbaros lanzados desde el Norte, ni el tiempo, en fin, mas inexorable que las tribus armadas, habían ejercido sus destrozos sobre la ciudad eterna: sus templos, sus palacios, sus arenas, sus arcos de triunfo, sus millares de estatuas, pueblo de mármol y de bronce, se hallaban en pié: y el ojo del viajero veía dibujarse la ciudad blanca y magnífica sobre el brillante azul del cielo.

—¿Ves esa cúpula suspendida en los aires? replicó el conductor de la litera, que por sus vestidos dejaba conocer era un liberto: es el Panteón que Agripa quería decretar á César Augusto, el padre de la patria. Ahí, sobre el monte Palatino, estaba su morada, mas sencilla que los palacios de sus libertos; mas lejos está el pórtico de Livia, que hace olvidar á los extranjeros á Atenas y á Corinto. El sol caía en este momento sobre el monte Capitolino, y sobre el templo del mas grande de los dioses... ¿Distingues, tú, desde aquí sus blancas columnatas? Cerca de allí, al lado, está el templo levantado por Augusto á Júpiter-Tonante, aquel que consagró á Apolo, después de la batalla de Alicum; y el de la Concordia, donde Ciceron reunió á los padres conscriptos amenazados por Catilina. La vista no podía contar tantos santuarios levantados á los dioses por el mas piadoso de los pueblos... Mira, ¿ves? ¿No vale Roma mas que Jerusalen?

Seraphia, este era el nombre de la mujer, alzó los ojos sobre el liberto, y le dijo con reposada voz:

—Roma es hermosa, hermosa sobre todo, por sus destinos, y no por sus monumentos de un día... Yo la miro, y veo brillar encima de sus palacios destruidos, de los templos reducidos á polvo el signo libertador que le asegura el imperio eterno sobre las naciones...

—¿Qué signo, mujer?

—El signo de la Cruz, sobre el que murió el Señor!

El liberto se encogió de hombros, como un hombre para quien estas palabras no tenían ningún sentido. Volvió á dejar caer las cortinas, é hizo señal á los esclaves, de que apresurasen el trote de las mulas. Pronto llegó la litera á Roma; y según las órdenes del liberto, tomó el camino del monte Palatino, recorriendo la Via Sacra, llena de columnas triunfales, pasando por delante del templo circular de Vesta, dejando á su derecha el Tesoro público y el Anfiteatro en medio de la casa de los emperadores, donde Pompeyo y Augusto ofrecieron al pueblo romano los magníficos é interesantes espectáculos de que era tan celoso.

En vano el liberto quiso hacer notar á Seraphia la belleza de los monumentos, el brillo de los mármoles y de los bronce; el movimiento y la muchedumbre que se agolpaba á la puerta de los templos y bajó las bóvedas del circo. No levantaba esta los ojos, absorta en una oración interior, y su mirada penetrada, eternizadora, no se separaba de una curiosa cajita de cedro, incrustada de plata, que descansaba sobre sus rodillas. Detúvose la litera ante el pórtico del palacio que ocupaban los emperadores sobre el Palatino. Un liberto que pasaba se detuvo cerca de Lucio, el conductor de Seraphia, y le dijo:

—César ha hablado de tí: hasta ha hecho, dicen, un voto á Esculapio, á fin de acelerar tu feliz venida. Ya ves, Lucio, que te es propicia la fortuna.

—No son por mí esos votos, se dirigen á los dioses por esta mujer desde el fondo de la Judea, llevando en su cajita un talisman que debe curar al emperador.

—Apresúrate; en ese caso las puertas te serán abiertas, y César que no recibe ni al Senado, ni á los hijos de Germánico, ni á Agripina su madre, ni al mismo Sejano, te recibirá á tí y á tu matrona judía.

Seguía Lucio el consejo, y acercándose á Seraphia la hizo bajar de la litera: envolvió en los pliegues de su manto la rica cajita, y siguió á su conductor tranquila y resignada como siempre. Atravesaron las largas galerías, llenas las unas de aquellos libros de que Augusto había hecho reunir una preciosa colección; las otras, de estatuas las mas célebres, arrebatadas al Alico y á la Sicilia; y después de haber hablado á muchos esclavos que sin duda iban á tomar las órdenes de su amo, Lucio introdujo á Seraphia en un cuarto donde reinaba una débil claridad, se aproximó á un hombre recostado en un lecho, le dijo algunas palabras en voz baja y en la actitud del mas profundo respeto; después, haciendo acercarse á su compañera, se retiró y los dejó solos.

Apoyado el enfermo sobre almohadones, pálido, abatido, y pareciendo no tener vida sino en sus grandes ojos y mirada clara, penetrante, temible, se incorporó y fijó sobre la judía una mirada donde brillaba la esperanza mezclada á una vaga y feroz inquietud.

Seraphia había ya pasado la mitad de la vida: encanecidos cabellos rodeaban su pálida y tranquila frente; su rostro encubierto de tristeza, tenía sin embargo una inefable expresión de paz y serenidad: belleza interior, reflejo del alma que hacia olvidar los estragos del tiempo y del infortunio. Magestuosa y tranquila permanecía en pié sin turbarse delante de aquel hombre. Sin embargo, aquel hombre era el señor del mundo... era el

sucesor de Augusto; en fin, era Tiberio.

—¿Cuál es vuestro nombre? dijo mirándola siempre con aire receloso.

—Seraphia, hija de Sophar, y mujer de Sirach.

—Sois judía?

—Pertenezco á la Tribu de Leví.

—Judía de religion?

—He practicado la ley de Moisés hasta el dia en que conocí á Cristo, mi Señor, y que encontré en él el cumplimiento de las promesas hechas á Abraham, nuestro padre: desde aquel dia, señor, observo sus mandamientos, y he puesto en él toda mi esperanza.

—Vuestro Cristo ¿es enemigo de los príncipes y de los emperadores?

—¡El Señor! Él, que tantas veces ha repetido que su reino no era de este mundo; él, que se ha huido y se ha ocultado del pueblo que queria hacerle rey; él, que ha escitado el celoso odio de los fariseos, al decir á sus discípulos: "Dad al César lo que es del César."

—¿Conque no son rebeldes sus discípulos? ¿obedecen al emperador?

—Reverencian á César como un señor dado por Dios mismo... Le quieren como un hombre, es decir, como un hermano.

—Sí, respondió el emperador después de un momento de silencio y reflexion. Sí, lo sé: Cristo era verdaderamente un enviado de los dioses, y hubiera querido colocar su busto al lado de las estatuas de los inmortales en el panteón que Agripa ha consagrado á todas las divinidades del Olimpo; pero el Cristo, mujer, es un Dios celoso, y no sufre mas culto que el suyo... Tú sabes, que instruido de su muerte y de su inocencia, he quitado á Poncio el gobierno de la Judea: las fasces romanas no debían ir delante de un juez débil é incauto.

—¡El Señor ha juzgado á Poncio! dijo Seraphia en voz baja.

—¿Sabes, dijo Tiberio, con qué objeto te he hecho llamar á mi lado? Deseo saber lo que tiene relacion con Cristo: habla sin temor... y si la cajita que veo bajo tu velo encierra el tesoro que yo quiero contemplar, deposítala sobre ese altar, bajo la custodia de mis dioses domésticos...

—Eso no puede ser, dijo Seraphia; no hay alianza entre Cristo y Belial. Colocó la cajita sobre una mesa de madera de sándalo; después se recogió un instante, y orando con el espíritu y el corazón, habló así:

—Fuí casada joven con Sirach, miembro del consejo del templo, y nuestra union fué bendecida por el nacimiento de dos niños. Vivíamos muy felices, llenos de confianza en Dios, y deseando con ardiente deseo la redención de Israel. Como todos los fieles hebreos, aguardábamos en un tiempo poco remoto la venida del Mesías libertador: las setenta semanas de Daniel se habían cumplido: el cetro no se hallaba en la casa de Judá: las profecías dadas á nuestros padres se habían verificado; y á la ley dictada sobre el Sinaí, sucedía una ley de gracia, de misericordia y de amor: iban á abrirse los cielos; iba á bajar el Justo sobre la tierra, cual un rocío largo tiempo esperado.

Un dia se difundió el rumor de que se habían oido nuestros votos; los fieles israelitas se decían los unos á los otros:

"Nos ha nacido un niño... María, la esposa de José, es bendita entre todas las mujeres, porque ha dado á luz el deseado de las naciones... Reyes venidos del extremo del Asia han acudido á adorarle, y le han ofrecido el incienso, el oro y la mirra..."

Ya nos regocijábamos, y celebraban nuestros corazones las conquistas de aquel rey que debía someter todas las naciones á su imperio... alzábamos nuestras humilladas frentes, y pensábamos todos que los dias de David y Salomon iban á renacer mas brillantes y mas esplendentes que en otro tiempo; ya llena de un orgullo de madre consagraba mis hijos al servicio de aquel nuevo rey; y al admirarlos tan hermosos y tan llenos de vida, formaba mil proyectos de gloria sobre su muerte. Un dia me hallaba sola, sentada al lado de ellos, cuando horribles gritos me hicieron marchar al pórtico donde se hallaban ya reunidos nuestros criados. Ví, muerta de horror, una tropa de soldados con la pica, la espada y el hacha en la mano, que perseguían algunas mujeres que llevaban sus hijos en sus brazos. Dos de aquellos hombres herían á los niños sobre el mismo pecho de las madres, y ví aquellos cuerpecitos mutilados y ensangrentados rodar sobre la tierra. Una mujer pálida, con los ojos extraviados, pasó delante de mí gritando: "Herodes hace matar todos los niños, á fin de hacer perecer al Mesías..." A aquellas palabras, volé hacia la cuna donde dormían mis hijos... los estreché sobre mi pecho, y hubiera querido ocultarlos en las entrañas mismas en que los había llevado... Quería huir, pero ¿á dónde?... Los desgarradores gritos de las madres, resonando por todas partes, denunciaban una universal carnicería... ¡Oh! voces lamentables! cual largos ecos, ¡siempre os oigo!... Uno de mis hijos se puso á llorar, asustado tal vez de los movimientos que me inspiraba el terror... traté de sofocar sus gritos, apoyando mi mano sobre sus tiernos labios: queria hacerle retroceder aquella voz lastimera que iba á denunciarle á la muerte... fué en vano... se trabó una lucha en el pórtico; oí los gritos de los soldados; los gemidos de mis criados heridos por defenderlos; después pesados pasos resonaron sobre la escalera de mármol; la piedra gemía bajo la sandalia herrada de los soldados... se abrió la puerta... me lancé... ignoro lo que pasó, señor... fuí rechazada, pisoteada; y cuando después de largas horas volví á recobrar mis sentidos, me hallaba tendida sobre mi cama, rodeada de mis mujeres, hechas un mar de lágrimas... y mi marido desesperado... Pregunté por mis hijos; los

pedí; y como no me obedecian, me levanté, y los busqué yo misma... los encontré tendidos en su cuna, cubiertos de flores con las que antes jugaban... ¡fuí á abrazarlos! estaban yertos... abrí sus vestidos... anchas heridas destrozaban su pecho... ¡los dos... los dos estaban muertos!...

—Me acuerdo que al saber aquella matanza, habia escrito César Augusto; "Mas vales ser puerco de Herodes que hijo suyo;" dijo el emperador con una sombría sonrisa.

La tradicion refiere que dos de los hijos de Herodes fueron comprendidos en la degollacion de los inocentes.

—Verdad es! Verdugo de todas las madres no perdonó ni su propia sangre... envió al cielo las primicias de los mártires: aquellos niños fueron inmolados á Cristo... ¡Felices y bienaventurados ellos que recibieron desde la cuna una palma inmortal, y fueron á jugar con sus inocentes manos con las coronas de los elegidos! Solo sus madres eran dignas de compasion: yo he vivido pero sin querer ser consolada; mi esposo y yo nos rodeamos de un profundo retiro, donde se alimentaba mejor el duelo de nuestros corazones... Pasáronse largos dias, y nuestros vacilantes pasos no se apoyaron sobre esos hijos respetuosos que son la corona de la ancianidad. Mi marido, mas agobiado de pesares que de dias, murió con el corazon lleno de alegría, como el viajero cansado que llega al término de su carrera... Yo sola quedé en la casa muda que el compañero de mi vida habia abandonado para siempre, y vivía en la oracion y en las lágrimas.

Por este tiempo, una de mis parientas, que habitaba el pais de Sidon, á las orillas del mar, vino á visitarme, y me sorprendí al verla, porque hacia largo tiempo que la tenía en cama una grave enfermedad.

Parecia fuerte, robusta, y llena de salud, como si la savia de la vida hubiese corrido á sus venas con mas abundancia que en otro tiempo.

"Un gran profeta ha venido entre nosotros, me dijo, respondiéndome á mis solícitas preguntas: escucha lo que me ha sucedido:

Me hallaba enferma hace doce años, y no esperaba en mi curacion, cuando oí repetir en torno mio que Jesus de Nazaret hacia las obras de Dios, y curaba por su palabra, su tacto, su sola voluntad, todos los enfermos que llegaban á sus piés. Regocijé mi alma á aquellas palabras, y sabiendo que Jesus estaba cerca de mi morada, traté de salir... Sin duda, uno de los espíritus que están delante del Señor, me prestó su apoyo. Penetré entre la multitud, y ví de lejos á Jesus con su magestuosa frente, y con su mano levantada para bendecir. Me aproximé, me postré detrás de él, y llena de deseo de ser curada, toqué la orla de su túnica... En el mismo instante, Seraphia, me encontré curada: habia recobrado mi primera fuerza; el manantial de sangre que perdía se habia secado; y el Maestro, volviéndose, dijo en alta voz:

"¿Quién ha tocado mis vestidos?"

Sus discipulos le respondieron: "Maestro, veis que la multitud os rodea por todas partes, ¿y preguntais que quién os ha tocado?"

Empero Jesus dijo: "Alguno me ha tocado, porque he conocido que una virtud ha salido de mí."

Viéndome entonces descubierta, me aproximé toda trémula; me arrojé de nuevo á sus piés, confesé el deseo que me habia llevado á tocarle, y Jesus me dijo con gran mansedumbre: "Vete en paz, hija mia: tu fe te ha curado."

Desde aquel dia no padezco mas; y para eternizar mi reconocimiento á mi divino bienhechor, he hecho levantar no lejos de mi casa un grupo de bronce que representa á Jesus de pié, lleno de gracia y de autoridad, y á mí, pobre enferma, arrodillada cerca de él, extendiendo mis manos hácia la orla de su túnica. Ya lo veo, Seraphia, el Señor es grande en su misericordia, y ha llegado el tiempo en que la paz y la justicia se den un ósculo de alianza."

Tal fué, señor, la relacion de mi amiga, confirmada por el vigor sobrenatural que acababa de reanimar su debilitado cuerpo. ¿Qué os diré? Yo tambien concebí el deseo de ver y de oír á Jesus; á Jesus, el hijo de María, á Jesus, por quien mis hijos, victimas tiernas, habian sido inmolados en su misma cuna. Supe que se dirigia hácia la Ciudad Santa, hácia Jerusalem, y me mezclé á la innumerable muchedumbre que de dia y de noche le seguía, y que por recojer el maná de sus palabras, olvidaban el alimento de su cuerpo. Confundida con aquellos pobres que evangelizaba, oí sus enseñanzas; no os las repetiré yo, señor; las obras de mi Dios hablarán, yo lo espero, al emperador, y tal vez entonces querrá conocer las leyes de aquel divino doctor, de aquel verbo eterno, de aquella sabiduría encarnada, bajada de los cielos para iluminar á todas las criaturas. Yo me sentía cambiada: mi dolor se convirtió en alegría, mi abatimiento en esperanza, y un himno de gozo se alzó en mi corazon hácia mis hijos inocentes, gloriosos mártires de Cristo; hácia mi esposo, hombre justo que tanto habia deseado al Santo de Israel. Temores demasiado legítimos para Jesus, para mi Maestro, turbaron solo mi serenidad: el infierno entero se armaba contra él; y él mismo habia pronosticado su próximo fin...

Era hácia la época que los judíos celebraban la Pascua: la víspera del sábado... Desde por la mañana, Jerusalem no fué mas que un motin, una sedicion... Jesus, vendido por uno de los suyos, acababa de ser entregado al príncipe de los sacerdotes... Con el corazon desgarrado de angustia, agobiada de terror, escuché la relacion de los ultrajes de que habia sido objeto aquel Rey de los reyes en casa de Caifás, durante aquella terrible no-

che, cuyos infernales secretos solo serán conocidos en el dia grande de las justicias del Señor... De hora en hora nuevas noticias llegaban á mi oído: el gobernador de la Judea acababa de enviar á Jesus al Petrarca Herodes... Este, rodeado de una insolente corte, se habia burlado del hijo de Dios!... Arrastrado delante de Pilatos, sufrió el castigo de los esclavos, y una soldadesca cruel coronó de espinas al Dios que se habia hecho hombre por salvar á los hombres... Habiendo Pilatos cedido vergonzosamente á los frenéticos furios del pueblo, habia querido lavar sus manos de una sangre que le cubrirá para siempre, y habia llevado á Jesus á la muerte; y él, siempre pacientísimo, siempre sumiso, parecia sentir por sus infames verdugos un amor mas fuerte que la muerte!

Estaba pronunciada la sentencia: ya la comitiva se dirigia al Gólgota...

Iba á pasar por delante de mi casa... ya oía los clarines de la caballería romana... Inmediatamente tomé mi resolucio: me coloqué en el dintel de mi casa, y aguardé. Ví á los orgullosos y ricos fariseos, henchidos de una sanguinaria alegría, precediendo sobre sus rápidos caballos la marcha del Justo, agobiado bajo el peso de la cruz. Ví á Poncio Pilatos con el rostro pálido bajo el brillante casco: le miré cara á cara, á fin de reconocerle ante el trono del Juez adonde compareceremos todos... ví hombres, con aire salvaje, que llevaban riendo las escaleras, las cuerdas y los clavos... Un populacho sediento de sangre llenaba la calle, y ocultaba á Jesus á mis miradas... No oía mas que blasfemias, horribles sarcasmos; hasta los niños llevaban piedras en el regazo de sus vestiditos para arrojarlas bajo los piés ensangrentados del Salvador... ¡Por último le ví!... pálido, ensangrentado, cubierto su divino rostro de ásperas escupiduras, conservando la vida por un divino esfuerzo, y vacilando bajo el enorme peso con que habian cargado sus heridos hombros.

No pude contenerme á aquella vista: ninguna fuerza humana hubiera sido bastante á detenerme... me adelanté en la calle, me dirigí hácia Jesus, y quitándome el velo, caí á sus piés diciendo:

"Permitidme enjugar el rostro de mi Señor."

Tomó Jesus el velo, le aplicó sobre su rostro, y me lo devolvió, dándome las gracias.

Estreché el velo contra mi pecho, y volví á mi casa perseguida por las imprecaciones de la muchedumbre, teniéndome por dichosa de tomar parte en el cáliz del Señor. Desplegué aquel velo: llena de alegría, de terror, de ternura, ví que Jesus, usando en favor de una pecadora de su supremo poder, habia impreso sobre aquel lienzo su rostro, tal cual yo acababa de verlo, desfigurado y sangriento. Permanecí en mi morada contemplando el precioso recuerdo que me habia legado el Salvador... Tres horas despues todo se habia consumado... Jesus habia muerto... y el mundo estaba rescatado.

Tal fué la relacion de Seraphia. Tiberio la habia escuchado con profunda atencion... la dijo bruscamente:

—Mujer, enséñame ese velo!

—Señor, vedlo aquí, respondió Seraphia, abriendo por medio de una llave de plata su cajita de cedro: sacó de ella un largo velo de lana blanca, y desplegándolo á los ojos del emperador, dijo interiormente:

—Dios mio, mostrad vuestro poder!

El milagroso velo, llevaba la huella de una ensangrentada faz rodeada de una corona de espinas, y cuya augusta y dolorosa expresion producía en el alma un enternecimiento mezclado de temor... Lo contempló Tiberio, alargando sus manos trémulas á fin de tocar aquella adorable imagen... empero retrocedió cual si un sentimiento de respeto, hasta entonces desconocido, hubiese, repentinamente, hablado en su corazon. En el mismo instante, incorporándose en su lecho, exclamó:

—¡Tu Dios, es un Dios poderoso, mujer! estoy curado.

Seraphia cayó de rodillas y adoró en silencio.

Tiberio respetó sus piadosas efusiones; y despues de un largo tiempo, la dijo con dulzura:

—Quédate á mi lado; te daré en Roma una casa y esclavos; servirás á tu Dios en paz, y ninguna mujer, lo juro por tu Dios, ni aun la misma emperatriz, ni aun la sacerdotisa de Vesta, estarán mas rodeadas de honores y riquezas que tú.

—Os doy las gracias, señor; pero no formo en este mundo mas que un deseo, el de vivir y morir al lado del sepulcro de mi maestro.

—¿Vas á volver á Jerusalem?

—Sí, señor.

—Te daré oro...

—No tengo necesidad de él.

—Llevareis, al menos, perfumes para quemarlos en el sepulcro de Jesus.

—Los ofreceré por vos, señor, al que no habita ya aquel sepulcro, sino que reina glorioso en el cielo.

—No quieres otra cosa?

—Señor, quisiera que pudiérais confesar la fe de mi Dios, que acaba de daros una prueba de su infinito poder.

—Eso sería abdicar el imperio... Las divinidades protectoras de Roma se vengarían.

—¿Pueden vengarse la nada?

—¡Adios, mujer, adios! Todo el tiempo que yo gobierne en el mundo, te prometo que nunca serán molestados los discipulos de Cristo. Ahora vete.

Seraphia le dejó, y se volvió á Jerusalem. Los judíos la persiguieron, y la encerraron en una prision, donde murió de hambre por amor á Jesucristo. La tradicion cristiana ha conservado el recuerdo de aquella piadosa mujer, pero se la da comunmente el nombre de Verónica, de Vera-Icon, verdadero retrato, en memoria de lo que el Salvador hizo por ella.

nica, de Vera-Icon, verdadero retrato, en memoria de lo que el Salvador hizo por ella.

José MUNOZ y GABIRIA,  
Vizconde de S. Javier.

## LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—Estas habladurias han durado ya bastante tiempo, exclamó M.<sup>lle</sup> Blondeel levantándose con cólera. Dejad mi casa en el momento y olvidad para en adelante, madame Kwas, donde yo vivo. Os lo he dicho ya muchas veces, y quereis estar aquí apesar mio; pero os deseo buen dia y os dejo.

—Ya me voy; ya me voy; dijo la anciana señora. ¡Vaya! qué manera de recibir á una amiga!... Las gentes de Bruselas son bien desatentas. ¡Ea! adios M.<sup>lle</sup> Maria.

Quando llegó á la puerta volvió todavía la cabeza y dijo á M.<sup>lle</sup> Blondeel que se alejaba:

—¿Y qué diriais de la hija de madame Holk que ha entrado en un convento porque el hijo de José Ringels se ha casado con Adela Marol? ¿Y de Virginia la del *Caballo de oro* que se ha dejado engañar?

—Dios del cielo! qué cotorra!... exclamó la criada que iba delante de su ama; yo creí que os tenia prisionera toda la mañana, señorita, y verdaderamente tuve lástima de vos. ¡Y qué bien trata á sus paisanos!... Si Darlingén tiene cuatro personas como ella desde luego la doy la razon.

—Es una calumnia, Catalina; cierto que los vecinos de Darlingén tienen mucho dinero la mayor parte y se halla entre ellos buenas y honradas gentes.

—Estos deben ser mas raros que un mirlo blanco, señorita, si hemos de creer á madame Kwas.

—Has oido, pues, lo que decia?

—Y cómo no oirlo si gritaba como una loca?

—Y es una noticia inesperada, ¿no es verdad? que mi sobrina Teresa va á casarse!...

—Sí, señorita; y esto quizá sea un bien. Si halla un marido que tenga bastante energía para hacerla doblegarse á su voluntad podrá mejorar su carácter; yo he dicho siempre que debia casarse.

—Desgraciadamente su futuro es hombre de buena pasta.

—Sí! pues Dios le favorezca!... ya le veo rascarse la cabeza y morderse las uñas.

—Estoy aturdida, Catalina. La cabeza me duele todavía de haber escuchado ese torrente de palabras. Si preguntan por mí dí que no estoy, quiero esplayar un poco mi espíritu en el jardín.

Se dirigió al jardín y fué á sentarse en el pabellon, donde se quedó muy pensativa. Quando hubo descansado se levantó, dió tres ó cuatro paseos al rededor de los parterres de flores, y volvió á ocupar su banco en el pabellon.

Un caballero entró en el jardín por la verja que habia quedado abierta. El recién llegado era el hermano de la anciana solterona, y era fácil de adivinar porqué habia una semejanza notable en los rasgos característico de su fisonomía.

Las megillas del hermano estaban todavía mas frescas que las de la hermana, de mejor color, mas llenas y casi sin arrugas, aunque sus cabellos grises y naturalmente rizados indicaban que no podía ser mas jóven que ella. Su natural gruesura indicaba su buena salud; y la expresion alegre y franca de su rostro, dejaba conocer que no le agobiaba el peso de cuidados enojosos, reconociéndose en él á primera vista á un honrado brussels lleno de bondad y de franqueza.

Vestía con esmero y al propio tiempo con cierto lujo una levita ligera de paño fino, un chaleco de casimir amarillo, botas de charol, guantes nuevos, y llevaba en la mano un lindo baston con puño de oro.

Aunque la expresion habitual de su fisonomía demostraba claramente su buen humor, á la sazón Mr. Blondeel se manifestaba preocupado por alguna cosa desagradable, pues se advertia un pliegue sobre su frente y estaba sofocado como si hubiera dado un paso precipitado.

Quando estuvo cerca del pabellon, la señorita se volvió y le dijo no sin asombro:

—¿Cómo! venís solo? pues y Ernesto?

—No ha llegado, hermana mia, y me cansé de buscarle entre los viajeros. Sin duda el vapor de Inglaterra habrá llegado á Anvers mas tarde de lo regular.

—Pero entonces, Juan, porqué no esperásteis hasta el próximo tren? Es posible que se haya detenido dos ó tres horas en Anvers.

—Ya lo sé, hermana mia; pero acabo de saber una cosa que pesa sobre mi corazon como una barra de plomo; creo que van á suceder cosas bien tristes y mejor que estar paseando por las calles; he venido de prisa para deciros que es preciso que yo vaya inmediatamente á Darlingén.

—Y Ernesto?

—Bah! pronto hallará nuestra casa; ¿qué he de hacer? yo quería esperar al próximo tren y me paseaba á lo largo de la calle de Cologne cuando se me acercó el notario Cools tocándome en el hombro antes de que yo le hubiera visto, y me dijo que habia venido á informarse del estado de nuestra fortuna, porque se trataba de arreglar un matrimonio entre Francisco Pottewal y una de nuestras sobrinas. He pensado si por casualidad fuese

esta Herminia y parto para Darlingen á informarme de lo que hay.

—Pero Juan, os agitaís sin motivo; si es Teresa la que se va á casar.

—Teresa! pues de qué lo sabeis.

—Madame Kwas ha estado aquí.

—Y dais crédito á los embustes de esa habladora? Teresa es enemiga acérrima del matrimonio.

—No lo creais. Yo he previsto lo contrario y ella concluirá por casarse; su aparente aversion por el matrimonio es una consecuencia de su orgullo y de su mal carácter; pero en el fondo de su corazón abriga un vivo deseo de llevar el nombre de madre; siempre ha manifestado su afán por los niños y no le agrada ninguna otra cosa.

—De todos modos, María, no puedo tener tranquilidad hasta que lo sepa.

—Creedme, hermano mio; es Teresa la que va á casarse. El mismo notario de Pottwal se lo ha dicho á madame Kwas.

—Ah! esto me tranquiliza un poco; respondió Mr. Blondeel mas alegre sentándose sobre el banco con una sonrisa de satisfacción. No os podeis imaginar qué inquietud se apoderó de mí desde que ví al notario, y él no me supo decir cuál de las dos hijas de Romys iba á casarse: ya veía á nuestra pobre Herminia condenada á la misma suerte, á la misma insoportable vida de nuestra desgraciada hermana Julia. Creo que á no ser por el mal parecer hubiera vertido lágrimas en medio de la calle. Pero, María, si ese tirano de Romys se decidiera á casar su hija Herminia sin amor y sin la menor inclinación con alguno de esos sacos de escudos de Darlingen, nosotros podríamos combatir enérgicamente su resolución, aunque fuese difícil vencer la obstinación de una cabeza tan dura.

—No me atreveria á esperar; respondió la anciana solterona con un suspiro. Y me parece, hermano, que haríamos muy bien en no olvidar la lección que acaba de darnos llevando á cabo el matrimonio de Teresa, sin decirnos una palabra, y sin consultarnos; del mismo modo casara á su hija menor; pues naturalmente despues de Teresa le toca el turno á Herminia. Esto es un desprecio hácia nosotros y de poco os valdrá tener miras particulares en este asunto.

—Me haceis temblar, María!...

—Y con razon, Juan, con razon.

—Ah! si llegásemos á tal extremo, tendríamos serios y graves disgustos.

—Tened presente mi consejo, hermano mio; dijo la señorita Blondeel con tono insinuante. Creo que el mejor medio de preservar á nuestra Herminia de semejante desgracia, es ir á Darlingen y pedir su mano para Ernesto Decock.

—Pero si son todavía muy jóvenes, María!...

—Cuanto mas jóvenes mejor, ¿á qué dejar pasar la primavera de la vida? ¿á qué dejar que se enfrie el ardor del corazón para concebir una atecion profunda y durable?

—Sí; sí; hermana mia; todo eso es verdad; pero al casarse es preciso tener una posición en el mundo; yo estoy lejos de creer que para ser felices se necesite una gran fortuna, sin embargo, el marido debe saber siempre con lo que cuenta y Ernesto Decock...

—Escucha lo que el padre Kats ha escrito sobre este asunto; interrumpió su hermana; "La union dá la fuerza y es tan dulce ganar juntos." En otro pasaje dice: "Las ganancias del marido llevan el bienestar" (1) y tiene razon, Juan; el dinero mas precioso es el que ganan el marido y la mujer trabajando juntos. Cuando dos esposos tienen bienes hereditarios, cada uno por su parte se acuerda toda su vida del origen particular de su fortuna.

—Tengo una gran confianza en el porvenir de Ernesto, replicó Mr. Blondeel; ¿pero cómo conseguiríamos de Romys que diese su hija á un joven sin fortuna, él que solo conoce el dinero? He hecho mi cuenta sobre la legítima de Ernesto y apenas le quedan unos veinte mil francos.

—Si es necesario se le dice á Romys que nosotros somos responsables del bienestar de Herminia y desde luego adelantaremos á Ernesto las sumas necesarias para que pueda empezar sus negocios con buen éxito. Algo hemos de hacer para preservar á esta querida niña de una existencia llena de tristeza y de angustias; y Romys con el temor de que no le dejemos nuestra fortuna por rencor ó por venganza, no podrá menos de ceder si sabeis sosteneros y hacerle frente.

Mr. Blondeel apoyó la barba en el puño de su baston y reflexionó profundamente. Despues de un momento de silencio replicó:

—Vos avanzais demasiado, María; nosotros no sabemos aun si ellos se aman.

—Ah!... ah!... exclamó riendo la anciana solterona; hablais, Juan, contra vuestra propia convicción; pues sabeis en esto tanto como yo.

—Hay muchas probabilidades, lo conozco, pero no hay una seguridad.

—No os inquieteis por esto, hermano mio; yo puedo deciros que se aman desde el primer dia que se vieron aquí en el jardín, las mujeres conocemos esto mejor que los hombres, y no te extrañe, los dos son jóvenes, guapos, sensibles y poéticos; no parece sino que Dios los ha formado el uno para el otro, para hacer un excelente y dichoso matrimonio. Lee las cartas de Ernesto y escucha el lenguaje de Herminia, tan largo tiempo ausentes y guardan el recuerdo el uno del otro tan vivo

y tan fresco como el primer dia de su separacion.

—Hay alguna cosa de verdad en lo que decís, María.

—En fin, hermano mio; ¿no ha sido siempre el mas bello sueño de nuestra vida, ver casada á nuestra Herminia con el hijo de vuestro mejor amigo?

—Cierto; cierto; pero no es aun tiempo de realizar este sueño.

—Hareis dichosos á tres, Juan; Herminia y Ernesto aquí abajo y en lo alto vuestro amigo que se regocijará en el cielo del bello porvenir que habeis reservado á su hijo único.

Mr. Blondeel pareció conmovido y se puso la mano en los ojos; despues de un instante de silencio dijo:

—Hay una cosa que me hace dudar de sus sentimientos, María. Desde que Ernesto se marchó á Londres para perfeccionarse en su carrera, sus cartas respiran un vivo deseo de ganar dinero, y habla con tanto entusiasmo de hacer fortuna, que yo empiezo á creer si la codicia será una pasión que estuviere oculta en él y que se ha desenvuelto de repente con una fuerza excesiva.

—Qué quereis decir, hermano mio?

—¿Y quién sabe si la fortuna de los padres de Herminia no será un obstáculo á la afección que siente por ella?

—Vamos, Juan, dijo la señora riendo; qué extrañas ideas se os ponen en la cabeza!... ¿No adivináis que lo que inspira á Ernesto esa codicia aparente no es sino la esperanza de obtener por su trabajo y su actividad el medio de acercarse á ella salvando los inconvenientes que pudieran oponerse por su falta de fortuna?

—Quiero creer que no os engañeis en vuestra creencia; pero quiero ante todo desvanecer mis escrúpulos y á propósito del casamiento de Teresa voy á hacer una prueba con Ernesto y si sale á mi satisfacción veré de arreglar su casamiento con Herminia.

—Entonces, ¿ireis á pedir su mano?

—No tan pronto, hermana; mañana por la tarde iremos á Darlingen á saber lo que pasa: Teresa no es muy amable en verdad; pero es tambien hija de nuestra pobre hermana, y de su mal carácter tiene la culpa su padre. La pobre muchacha es lo que la han hecho ser y quizá pueda yo harcer allí alguna cosa en su obsequio.

(Se continuará.) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## UN SUEÑO.

### I.

Amanecía una bellísima y poética mañana de Mayo; yo me hallaba sentada á la puerta de una pintoresca gruta, situada al pié de una elevada montaña.

Las diáfanos gotas del rocío, posadas sobre las corolas de las flores, parecían diademas de brillantes, descendidas del cielo para adornar las maravillas de la naturaleza.

Las aves batian gozosas sus alas, y abandonando sus lechos de mullidas plumas, se remontaban al espacio lanzando al viento sus dulces y melifluos gorjeos. Un precioso ruiseñor, orgulloso rey de la música, ensayaba desde las ramas de un rosal sus melodiosos y variantes trinos de amor, para saludar la venida del naciente dia, que principiaba ya á asomar por entre los rosados cortinages del Oriente.

Todo estaba en calma.

Las fuentes murmuraban sus amores.

Las áuras susurraban entre las hojas de las flores diciéndoles al oído, palabras que las hacian estremecer de contento.

Todo suspiraba alegría en la naturaleza.

Pero aquella alegría, que hubiera acrecentado el gozo de una alma feliz, contrastaba con la tristeza que embriagaba mi corazón, angustiado por los horribles lazos del pesar.

En medio del general contento, una tórtola solitaria, posada sobre las ramas de un elevado sauce, lanzaba al cielo sus plañideros ayes.

El triste canto del ave, no era sino un suspiro de amor, suspiro conmovedor, profundo, triste, ocasionado por el recuerdo de una felicidad, tal vez no muy lejana; pero perdida para siempre.

Aquellos ayes me consolaban.

Yo tambien suspiraba de amor.

Yo tambien anhelaba la posesion de una felicidad desconocida, sí, pero existente en el mundo, y de consiguiente posible de hallar en el mundo que ante mi vista se extendia.

### II.

De pronto se iluminó con esplendor claridad el fondo de la gruta en cuya puerta me hallaba.

Levanté los ojos é hirió mi vista una figura misteriosa, fantástica, indescriptible, blanca como la nieve, vaporosa como un espíritu, pura como la sonrisa de un ángel.

—Quién eres? la pregunté.

—Soy la amistad—me dijo con una voz pura y armoniosa.—Mi aliento purifica las almas, y mi mirada alienta los corazones; doy consuelo al que padece, felicidad al desgraciado. Pero en vano buscarás hoy en mí un bálsamo á tus penas, que ha mucho tiempo que me arrojó el mundo de su seno: he muerto para el mundo.

Diciendo esto, desapareció entre las nubes.

Quedé triste, pensativa.

Ignoro lo que pasaba por mi alma.

Transcurrieron algunos instantes.

Aun conservaba en mi imaginación el recuerdo de la hermosísima figura.

Sentia mi corazón oprimido.

Mi alma ansiaba la posesion de un algo, que yo misma no sabria darme cuenta.

### III.

De pronto alcé los ojos é hirió mi vista la presencia de otra figura.

Aun mas hermosa que la primera, y envuelta en una nube de rosa y oro, que avanzó hasta colocarse junto á mí.

Yo la miré, y arrastrada por un poder secreto sentí que mi fuerza de voluntad, se rendia ante los atractivos de aquel ser sublime, sobrenatural, divino.

—Quién eres? exclamé conmovida.

—Soy el Amor—contestó.

Miré al Amor entusiasmada.

—Yo, continuó la vision, sentimiento puro como la mirada de Dios, destruyo los imposibles, uno las almas y estrecho los corazones. Para mí, están abiertas las cañas del pobre, como los palacios del magnate, reyes y esclavos, princesas y plebellas se rinden ante mis plantas. Pero en vano buscarás hoy en mí la felicidad que anhelas.

En otras edades el guerrero entraba en batalla luchando con fe, por su Dios y su dama: el amor era su guía. El trovador, al pié del gótico castillo, pulsaba su laúd ante el encartador recuerdo de su amada; yo impulsaba aquellas mertes, yo enloquecia aquellos corazones y los hacia felices. Aquellas edades pasaron ya, extinguióse la fe, cual la luz del sol al soplo de la noche, el mundo me arrojó de su seno. El amor de tu alma, la luz de tu espíritu, la embriaguez de tu corazón, solo existe en la region de tus ideas; hoy el rey del mundo no se llama amor, como en otros dias, se llama *Materialismo!*

Y diciendo esto la figura desapareció.

### IV.

El sol iluminaba el horizonte.

Era un dia primaveral, delicioso.

Apesar de esto, ni los rayos del sol, ni los acentos de las aves, ni los embriagantes perfumes de las flores, podian prestar á mi alma la dicha que deseaba.

¿Qué me importaban las bellezas de la naturaleza, sin las del corazón!

Buscaba Amistad, y la Amistad era una mentira.

Anhelaba Amor, y el Amor era una farsa.

De pronto alcé de nuevo los ojos é hirió mi vista la presencia de otra nueva y fantástica vision.

Aun era mas hermosa que las anteriores, deslumbraba.

—Quién eres? la pregunté sobrecogida.

—Soy la Felicidad—me contestó.

¿Buscas Amor? Amistad?... Ven, sígueme, y el amor y la amistad serán contigo.

Llena de alegría me dispuse á seguir á aquel ser deslumbrante, divino.

El sol brilló con una luz esplendorosa, el áura susurró dulcemente.

Las lánguidas flores desprendieron la dulce esencia de sus perfumes.

Al cabo de una hora, llegamos á la cúspide de una montaña elevadísima.

Allí nos detuvimos.

El mundo oscilaba á mis piés, cual un vasto hormiguero.

El aire zumbaba en las alturas, con una impetuosidad indescriptible.

—Ven,—me dijo la figura misteriosa, tomándome de la mano.

Yo obedecí.

—¿Es cierto que buscas la Amistad en la tierra?

—Sí.

—El Amor?

—Es cierto.

—En vano te esfuerzas tras esos dos objetos; son dos fantasmas.

—Es posible! exclamé.—¿Pues no me has prometido tú ese amor, esa amistad que busco? ¿A qué me has mandado seguirte?

—Para desengañarte.

Y la figura exhaló un grito, y desapareció entre las nubes.

En aquel instante sola, desengañada, triste, elevé mis pensamientos hácia la mansion del Dios de la verdad.

Y ví cruzar por el espacio un ángel de blancas alas que con la mano tendida al cielo:

—¡Pobres locos que buscáis la felicidad en la tierra—exclamó—en vano os esforzais; allí, allí, en el cielo, está la felicidad única y verdadera.

El ángel desapareció de mi vista.

En aquel instante desperté.

Habia sido un sueño.

X\*\*\*

## A LOS SRES. SUSCRITORES.

El figurin que acompaña á este número, es el perteneciente al anterior segun puede verse por la explicacion inserta en el mismo, el cual no pudo repartirse por no haber llegado á tiempo y por cuya causa dimos en su lugar el dibujo de tapicería que debia repartirse con el de hoy. El administrador.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

(1) Estas citas en verso ámbas, son dos proverbios flamencos, imposibles de traducir fielmente.